

el romance fué el verso preferido por Vela. Este dramaturgo merece la gratitud de México, por haber llevado su historia y tradición al teatro.

En esta edición, Spell y Monterde modernizaron la puntuación y la acentuación y corrigieron las faltas de ortografía. Conservaron, por su valor fonético, algunas palabras anticuadas. Nuevos datos procedentes del Archivo de Notarías y el Archivo General de la Nación, en la ciudad de México, ayudan a trazar un cuadro biográfico mucho más completo y verídico de Vela. Los textos de las comedias, lo mismo que la introducción, están bien documentados; las notas eruditas resuelven los problemas del texto y aclaran los hechos históricos. Nadie que pretenda conocer la evolución del teatro mexicano en general y en la primera mitad del siglo XVIII en particular, puede prescindir de esta edición de las *Tres comedias de Eusebio Vela*, libro excelente en todos sentidos.

HARVEY L. JOHNSON,  
*Indiana University,*  
*Bloomington, Indiana.*

EDUARDO BARRIOS, *Los hombres del hombre*.—Editorial Nascimento, Santiago, Chile. 1950. 317 pp.

Después de *Gran señor y rajadiablos* —más que novela, cordial biografía—, Eduardo Barrios vuelve a recorrer el hondo cauce de la novela psicológica, en el cual había profundizado, desde *El niño que enloqueció de amor*, con *Los hombres del hombre*, novela terminada a fines de 1949 y publicada en 1950.

Lecturas de tipo académico: monografías y tesis, de revisión inaplazable, obligan a quien desempeña una cátedra, a reservar para los breves finales de tareas didácticas: las vacaciones anuales, aquellas lecturas más gratas, largo tiempo aplazadas, por obligaciones ineludibles.

Los libros selectos, pospuestos en su lectura por las tareas docentes, se van apilando ante los ojos —nuevo suplicio tantálico—, y el profesor de literatura que hace crítica literaria accidentalmente, pasa por descortés y olvidadizo, a pesar suyo.

Así, esta obra del admirado novelista chileno, hizo un viaje redondo, en el que acompañó varias semanas a quien escribe esta nota, antes de encontrar horas propicias para su lectura.

En las páginas, inalterablemente serenas, de *Los hombres del hombre*, se sumerge el espíritu, como en tibio remanso, del que no quisiera arrancarse.

Novela de soliloquios, en su mayor parte —ya que los diálogos reales son en ella escasos, y el monólogo, hecho diálogo irreal, no cuenta—, no es, a pesar de ello, una obra inmóvil, como aquellas que florecieron a la sombra de Proust, en el período de entrambas guerras.

El conflicto —interior, porque la acción de esta novela en su mayor parte es interna— se plantea en el alma del que va narrando sus luchas con la “multitud” que lleva dentro de sí, y hace que el lector de estas notas, que se supone íntimas, privadas, participe de sus dudas e inquietudes.

La paternidad de un niño —puesta de pronto en duda, a causa de inesperada herencia: el legado de un amigo británico, en la cual se prefiere al pequeño, cuyo nombre de pila es el mismo de aquél: Charlie— crea el problema psicológico y provoca ese conflicto.

Planteado el problema, con los indispensables antecedentes, el autor —que lo es, dice, por azar—, se autoanaliza, a la vez que examina el alma de su compañera, para tratar de resolverlo. El proceso avanza pausadamente, sin violencias ni precipitaciones, y la solución, satisfactoria, viene a su tiempo, más bien por propio convencimiento de la legitimidad de ese amor paternal, que por las protestas de lealtad de la fiel esposa.

A ese resultado llega por el camino de la ternura, nacida de la observación penetrante, fina, de un espíritu infantil, en las primeras manifestaciones de la inteligencia y la sensibilidad, que recuerdan al autor momentos análogos de su propia vida.

En vez de la prueba física, el rasgo inexistente que traería al que duda el convencimiento rápido, absoluto de esa paternidad —que no faltaría en una novela romántica—, el buen psicólogo prefiere los detalles mínimos, las acotaciones paralelas en dos vidas, que se descubren poco a poco, a medida que la evolución se realiza.

Por eso, aunque las figuras, predominantemente femeninas, se van dibujando y precisan sus perfiles, tanto en sus aspectos exteriores como en sus caracteres —la madre, la amiga, la criada Jacinta—, el punto en el cual las trayectorias vitales concurren es el niño: Cabeceita Despeinada, como el padre prefiere llamarlo, al evitar el nombre de pila, para él desagradable.

Esa vivaz psicología de chiquillo, normal en acciones y reacciones, constituirá el mayor atractivo de esta novela, escrita —más bien que para maestros, como algunas novelas didácticas— para padres y abuelos.

De diversos modos, sutiles, en ella se repite que la paternidad consciente, la que está hecha del cuidado de cada día, es superior a la semi-consciente de quien es sólo padre por razón de consanguinidad, sin amplitud ni trascendencia.

En varias páginas de soledad e introspección —afines, por ello, a otras de *El hermano asno*—, se percibe la maestría del escritor y el dominio que posee sobre el tema.

En *Los hombres del hombre*, Eduardo Barrios da cuerpo —y nombre— a los múltiples “hombres” que cada uno lleva en sí, dentro de su poliédrica fisonomía espiritual. En el autor, confirma éste, la soledad y la meditación, multiplicaron esos entes: entre ellos distribuyó, según sus peculiaridades, los nombres de pila que recibió con el bautizo.

Por eso entablan entre ellos los diálogos mudos, que la incertidumbre del autor provoca, al tratar de resolver su propio conflicto.

Recuperado el equilibrio, suavemente, dentro del hogar; eliminadas, simultáneamente, la duda y la amiga nefasta, las voces de “los hombres del hombre” enmudecen, y habla sólo aquél que los encierra en sí, con la expresión de su ternura paterna.

Ornamentó la obra, con finos perfiles, la hija del autor: Gracia Barrios.

FRANCISCO MONTERDE

GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES, *Milpa, potrero y monte*.—Ediciones Botas, México, 1951.

Después de una espera de tres años, he podido leer una nueva novela del gran escritor mexicano Gregorio López y Fuentes. En el verano de 1949, el Director de “El Universal” me dijo que estaba trabajando en un libro, el cual revelaría los abusos que sufren actualmente los campesinos. En *Milpa, potrero y monte* ve realizado su proyecto. Ya no se trata de una novela de la Revolución, en el sentido de relatar las causas y los acontecimientos del conflicto armado de 1910 a 1920; pero sí es una novela de la Revolución, si entendemos por Revolución mexi-